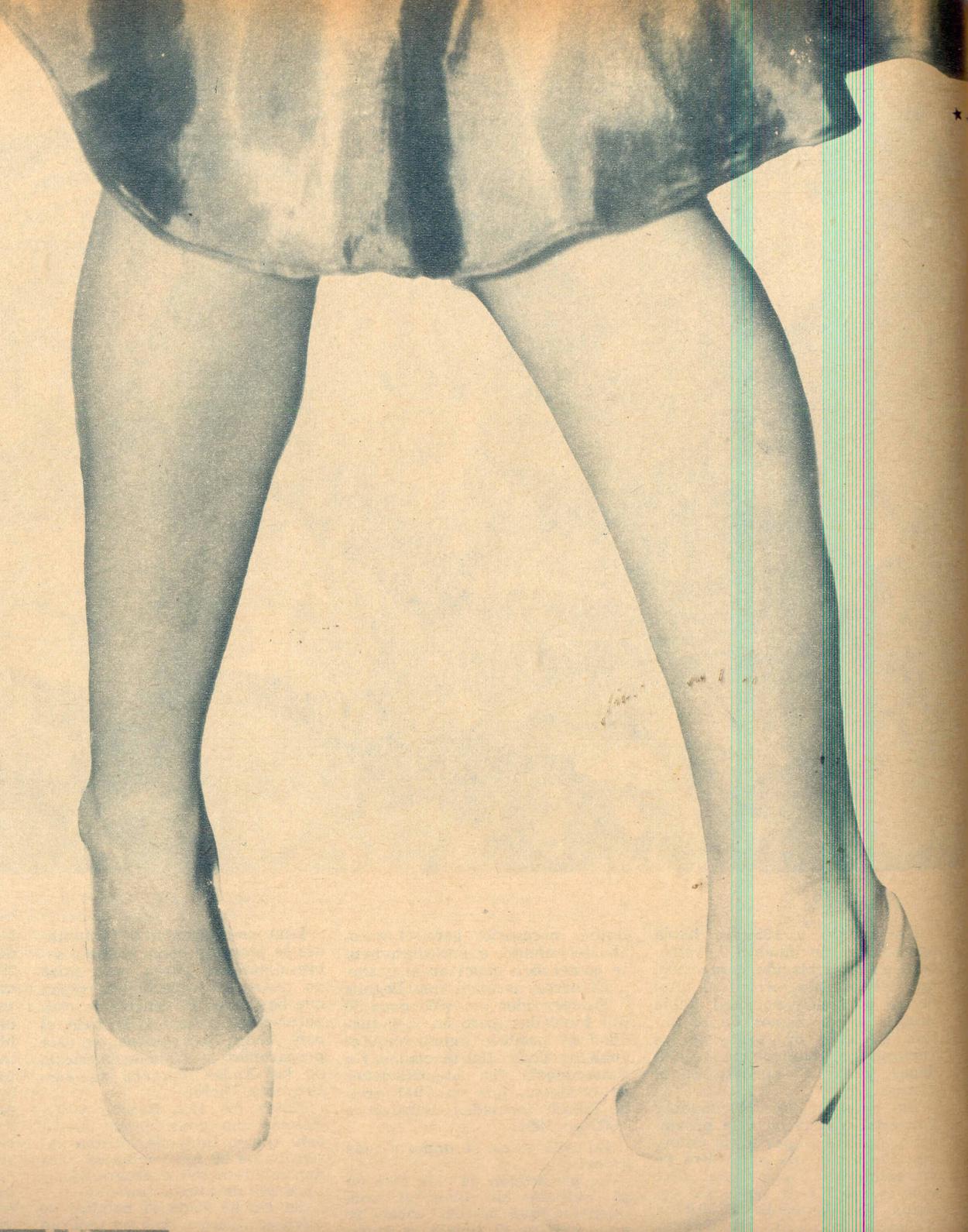


***Cada ritmo
una época,
una
generación...
y
un escándalo***

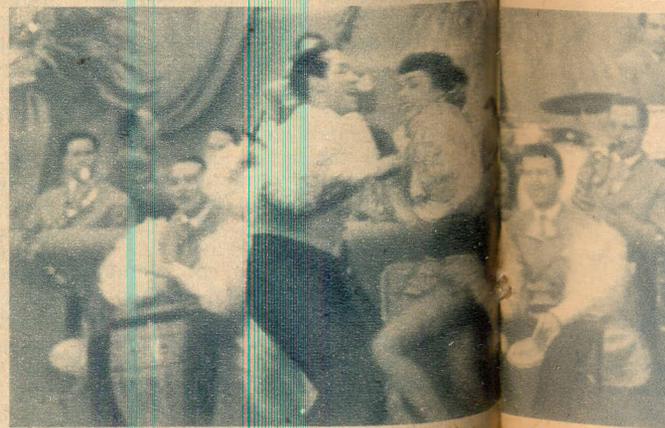
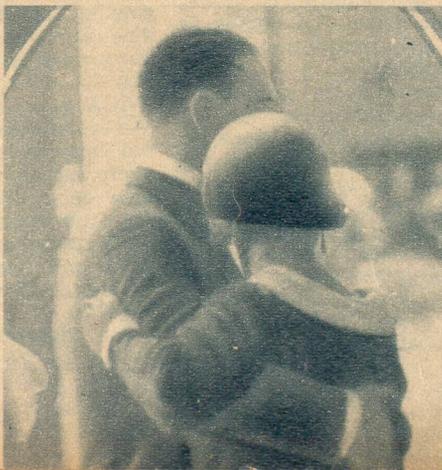


**Cada ritmo
una época,
una
generación...
y
un escándalo**



1.900. Baile en cuadrillas. Las parejas conservan una distancia prudencial.

1.925. Era del Tango. Las madres lo prohíben, pero todos saben bailar lo.



1.930. Larrain presenta en Caracas a la rumba. Todos cantan "Maní"...

Qué ha bailado Caracas en 50 años?

DE LA POLKA AL CHA-CHA-CHA

Por Elvira Mendoza

EN materia de bailes, este siglo se inició en Caracas con un escándalo. Ese escándalo se llamó el vals. Fue para la generación de nuestras abuelas, lo que el tango para nuestros padres y en cierto modo lo que el cha-cha-cha para las nuevas generaciones de hoy: algo nuevo, osado e indiscreto. Su música incitaba a girar, una y otra vez. Los seños de los padres se ponían adustos, incapaces de entender como sus hijas bailaban a sólo medio metro de distancia de su pareja, en medio de un torbellino de encajes y crinolinas. Ellos pertenecían a la generación de la polka, la mazurka y la contradanza, bailes de cuadrillas, y siempre creyeron que con el vals se había iniciado en la pacífica Caracas una era de libertinaje absoluto.

Para las jóvenes del 1900 el vals era, en cambio, sencillamente "divino". En los salones del Club Caracas, con sus lámparas y espejos a la moda del Segundo Imperio francés, o en los Garden Party del Club Vene-

1.956. Cha—cha—chá es el nuevo ritmo...



zuela (que comenzaban a las cuatro de la tarde y terminaban a las once de la noche) el vals y la danza se impusieron definitivamente. La entrada de cada familia, era anunciada de manera solemne por un edecán especial. Y en los salones, con los primeros compases, había un revoloteo de trajes azules, rosas y blancos, tan finos como alas de mariposa. Los trajes rojos o negros habrían provocado un terrible escándalo, en medio de aquel conjunto de tonos suaves y discretos.

Entre los "ases" del vals un presidente: Castro

El vals terminó por imponerse. Se oían en todas partes, de la Casa Amarilla a La Pastora, las notas de Strauss, en vez de las de la "Mascota" y "El Gran Mogol".

El vals tenía sus "ases", y el presidente Castro era uno de ellos. Aquella música servía de fondo a los comentarios escandalizados que hacía la sociedad en torno a las fiestas de Villa Zoila. Más serios que el festivo presidente, pero no menos buenos bailarines, Gerónimo Tinoco (padre del actual Ministro de Trabajo), Pedro Quintero, los Herrera Vegas, Adrián Blanco, los Aramburu, los Mejía Paz Castillo, tenían fama de ser los "parejos" más famosos de la época. Eran, además, apuestos y gentiles. Muy respetuosos, saludaban con venia y su sombrero casi rozaba el suelo; nunca tuteaban a una muchacha, a menos que fuera la novia con quien irían a contraer matrimonio. Cuando una joven les interesaba en "serio" solicitaban previo permiso para visitarla. Si apenas se trataba de un "coqueteo", rondaban su ventana discretamente, en la espera ansiosa de que ella les concediera el favor de una sonrisa tras de las rejillas. Pero no obstante estos recatos, el vals tejió en Caracas muchos idilios.

Caracas regresa al siglo XIX con un príncipe y vuelve al XX con un tango

Las pompas y bailes que hicieron la gloria de los salones en el siglo XIX, resucitaron en Caracas inopinadamente con la visita del príncipe de Baviera. Toda la ciudad se puso en estado de fiesta. Hubo un continuo trasladar de espejos, de alfombras, de jarrones chinos, para condicionar debidamente los salones donde debía hospedarse Don Fernando. Y los más distinguidos jóvenes de la sociedad caraqueña ensayaron con meses de anticipación Los Lanceros. También se bailaron ante el distinguido visitante polkas y mazurkas.

Si en el baile se había operado un breve retroceso a épocas pasadas, la moda, en cambio, se volvía más audaz. Se abrieron los descotes de los trajes en ángulos más atrevidos; los sombreros de fiesta mostraban gran profusión de flores y de pájaros. Se bailaba especialmente "Sobre las olas" y "Los patinadores".

En medio de aquellos refinamientos, el joropo acostumbraba a hacer su entrada a los salones al final de la fiesta. Desde varios años atrás "Alma Llanera" lograba a la vez tener audiencia entre los elegantes, congrega a la gente en la Plaza Bolívar y anima las veladas llaneras. La sociedad le abrió las puertas, y muy pronto se le vió alterando alegremente con los pálidos valeses. Era un curioso matrimonio entre el Danubio y el Arauca.

Pero ya por aquella época, el "Turkey Trot" y más tarde el Tango, de lejanas procedencias, marcaban la llegada de una nueva generación.

Las rebeldes del vals se vuelven conservadoras con el "Fox Trot"

Era el año de 1920 y el mundo parecía despertar al fin del siglo XX. Todo era distinto: las mujeres presentan una nueva silueta de huso; en París aparecen las cabelleras cortadas a la moda masculina, la falda sube, rápida como un telón, hasta la rodilla; la mujer empieza a fumar en largas pipas.

Caracas, reclusa aún bajo sus techos de teja, vigilada por los ojos astutos y frios del General Gómez, apenas recibe un eco de esa revolución en las costumbres. Todavía las muchachas concurren a la Plaza Bolívar, seguidas por sus padres. Los novios solo conocen el lenguaje de las miradas. Pero, a veces, en las reuniones íntimas, surge la conspiración del jazz. Los jóvenes ensayan los alegres compases del "fox-trot" o de un "One Step", dando una y otra vez vueltas



En 1900. Strauss hacía bailar

a las manivelas de las vitrolas, tan respetables como matronas. Luego viene el pasodoble, con sus aires marciales. Todo Caracas canta "Oye Margot", "El Abanico", "El Pa-garé".

Las damas de edad se alarman, pero aún no han conocido lo peor. El verdadero escándalo del siglo tiene un nombre breve y unas letras pasionales y trágicas. Se llama "El Tango". Música de arrabal, dicen los padres, y lo prohíben a sus hijas. Pero el aire es suave, turbio y no se olvida fácilmente. Triunfa en París, en Nueva York y en Buenos Aires. Y finalmente se hace dar pasaporte para ingresar a Venezuela. Entonces empieza el éxito terrible de "A Media Luz" y de "Medias de Seda". Tal vez expresan ellos los ocultos anhelos de tanta caraqueña en vías de independizarse de un pasado tan lleno de tradiciones y prejuicios.

De muy lejos, de puertos y cabarets americanos, viene luego un nuevo ritmo. Es el charleston. Durante varios meses, Caracas, como una muchacha en vísperas de exámenes, se concentra en el estudio del nuevo paso. Por culpa de él, hay floreros rotos en los salones que todavía conservan olor de viejas cortinas y de muebles antiguos.

Con la misma facilidad y desenfado con que las mujeres visten ahora sus trajes estrechos, de talle largo y falda corta, las rodillas se separan y se juntan rítmicamente; un pie cede el turno al otro para ser elevado hacia un costado; las manos se cruzan y se posan sobre las rodillas, moviéndolas ágilmente. Nuevamente las parejas hacen figuras, pero ahora la música es rápida, casi loca. Sólo durante un breve momento, las parejas se entrelazan, para entonces retirarse bruscamente.

Año 30, Larrain presenta una nueva estrella: la rumba

En los carnavales del año 30, la alegría conoció pocos antecedentes en Caracas. Hubo flores, serpentinas y duelos de carrozas. Y

para completar este ambiente alegre de fiesta pública, sólo faltaba un ritmo adecuado. Ese ritmo se llamó la rumba y su "maitre" de ceremonias fue un joven delgado, con más cara de intelectual que de músico: Luis Alfonso Larrain.

Larrain, con su pequeño conjunto instalado en el "León Doré" hace bailar a todo Caracas "Mamá Inés". La palabra "prohibido" corre nuevamente por las bocas de las matronas caraqueñas. Pero las muchachas están acostumbradas a ver triunfar los ritmos nuevos, a pesar de estos imperiosos vetos. "Muchacha, qué meneo es ese!... Santo Dios!" No hay nada que hacer: aquella es la generación de "Maní...". Y nadie se va a dormir sin haber bailado su "cucurucho" correspondiente.

Por esos mismos años, en el 35, llega a Caracas otro pasajero norteamericano: el lambeth walk. Es gracioso, casi jocoso. Las parejas se agachan, se pegan en los muslos, dan una vuelta y gritan al tiempo "hey" mientras el dedo pulgar que en un tiempo se creía que iba hacia adelante, señala atrás engañosamente.

Las señoras del vals creen que están vi-viendo en la antesala del infierno.

Año 40, Billo es el hombre de la conga

En 1941, Billo Frómota funda su orquesta con 16 músicos. Y tiene éxito, gran éxito. El es hombre del "uno, dos y tres". Es decir, de la conga.

Ahora se oye en todas partes: "Si me paro, pierdo el compás...". Y, al compás de la conga, nadie se detiene; ni los embajadores, ni los ministros, ni los elegantes, ni los jóvenes, en los bailes de la Casa Amarilla. El Presidente Arroyo del Río, que viene a Caracas en 1942, ve desfilar en fila india a la sociedad caraqueña, primero ceremoniosamente para presentarle el saludo; luego, a paso de conga. En los bailes, bajo la consigna del "uno, dos y tres", los invitados penetran a la cocina y a las habitaciones.

Sólo hay un reposo: el bolero. Entonces la voz del cantante se torna melodiosa para recordarle a todos que "es prisionero del ritmo del mar". Después cierra los ojos para implorar "Bésame tú a mí".

Ahora de América, van los boleros a París, las rumbas y las congas. Las Antillas conquistan al mundo.

Porro y Guarachas

Mientras Belisario Hermanos se hace famoso con sus boleros un oscuro compositor de Barranquilla le da al porro colombiano categoría internacional. En Caracas, más que en ninguna otra parte, el "Caimán" se oye en fiestas y botiquines; la gente le agrega estrofas, lo acomoda a su manera, lo aprende a bailar. Y al mismo tiempo, otro porro muy popular informa noche y día a los caraqueños que "Santa Marta tiene tren pero no tiene tranvía".

Años más tarde, "La Múcra" descubre una nueva técnica: "el botecito". Las parejas se balancean suavemente, en los salones y

(Continúa en la Página 39)



Caracas. 50 años después, Pérez Prado.

en medio de tantas estridencias afro-cubanas ésta parece constituir un paréntesis rítmico. Es apenas una breve impresión, porque la guaracha encuentra en Caracas nuevos y oportunos maestros. Billo Frómota marca los años inmediatamente posteriores al medio siglo, con dos creaciones que durante mucho tiempo reinan en los clubes de la ciudad: "Cuando terminen la autopista, negra", y "Me lo dijo Adela". Muy pronto, esta última pieza se baila en los dancings de París; y en los cabarets de San Tropez, en la Costa Azul, millonarios y artistas de cine enriquecen su reducido vocabulario español con un refrán de moda: "¿Quién te lo dijo nené?". Una vez más, Caracas hace bailar al mundo por una temporada.

El mambo y su primo, el cha-cha-cha

Llega 1952. Un frenético aullido de trompeta y un ritmo-sacudido anuncia la entrada del mambo. Viene de Cuba y tiene un papá gordo y conocido. Se llama Pérez Prado. Este solo nombre provoca ya una controversia de generaciones. Para los hombres del 25, los rebeldes del tango y el charleston, este compositor aparece como poco menos que un "bárbaro". Los jóvenes lo consideran un "genio" del ritmo popular. Aprobado o nó, lo cierto es que el mambo triunfa.

Las sinfonolas, en los bares y botiquines de la ciudad, de Catia hasta Petare, llenan las noches de los sábados con esta música recién desempacada de La Habana. "Mambo, qué rico el mambo...". También entra a los salones del Country. El mambo no hace discriminación de clases. En los carnavales del 54 se baila en guayabera y en traje de etiqueta.

Su apogeo es corto, porque un primo hermano suyo, el Cha-Cha-Cha, viene a usurparle su primer puesto.

También llega de Cuba y se dice que su nombre no es sino la repetición de la primera sílaba del nombre Chabela, esposa de su creador.

Epílogo: Caracas vive la hora del Cha-Cha-Cha

Y ahora el Cha-cha-cha, como sucedió en otra época con el vals y con el tango, define una época y una generación.

Es un ritmo que tiene el estrépito de las aplanadoras y de las palas mecánicas que transforman la fisonomía de Caracas. Perteneció a la nueva era del cemento, del cristal, de las camisas de colores, de las fuentes de soda, de la televisión, del neón y de los cocktails atómicos. Tiene sus adeptos, sus discípulos de 15 y 16 años, su clientela de "pavos". Su letra está bastante lejos de tener las trágicas resonancias del tango. Es más "El profesor del cha-cha-cha, el profesor comienza ya..., el profesor, etc...". Indudablemente: es más simple.

Sólo el joropo traza una línea común a lo largo de estos 50 años. Lo demás ha cambiado. Las abuelas que consideraban los valses de Strauss como oportunidad de tímidas aproximaciones, quedarían sin duda un tanto sorprendidas al ver las muchachas en pantalones y blusas llamativas bailando el paso de la escoba o "saltando la cuerda". Y después de suspirar durante muchos años con "Ramona", qué podrían decir al escuchar una estrofa de "Cayetano"?

"Echate a un lado Mainé,
con esa saya tan ancha,
que viene la negra Panha
que tiene callo en los piés.

Para ellas, el mayor escándalo del Cha-cha-cha, sería justamente el hecho de que a nadie escandaliza. Porque este ritmo ha logrado el acuerdo de las generaciones, y por primera vez, en fiestas y salones, los hombres de 60 años que no sufren de reuma, lo bailan con igual entusiasmo que los muchachos de 15. ¿Qué vendrá después?